



## **"BAJAR AL ENCUENTRO CON DIOS"**<sup>1</sup>

(Justicia, Paz, Defensa de la Creación y la Oblación Monástica)

*Marcelo Barros*<sup>2</sup>

“¿Está Usted buscando lo más alto? ¿Quiere alcanzar lo más elevado? Baje la vista porque lo alto descansa en lo más profundo” (Lao Tsé). Es bueno saber que esta palabra fue dirigida a monjes. Cuenta la tradición cristiana que, en el siglo IV, San Atanasio preguntó a San Pacomio: “La santa comunidad de los monjes sigue produciendo buenos frutos?” Pacomio respondió: “ Toda la Iglesia produce buenos frutos. Nosotros somos sólo legos sin importancia”<sup>3</sup>.

Eso pasó a los inicios del monaquismo cristiano. Desde entonces, "muchagua ha pasado debajo del puente". Hoy, difícilmente podríamos dar la misma respuesta a esa pregunta. Con el correr de los siglos, los monasterios pasaron a considerarse como lugares de alta especialización espiritual. Hoy, muchos monasterios masculinos de la Confederación Benedictina desean volver al carácter laical de la vocación monástica, pero son más los oblatos y oblatas que representan esta corriente de un monaquismo menos institucional, más libre y ligera, sin renunciar a la radicalidad de la vocación consagrada. Obviamente, lo que estoy proponiendo aquí sólo es posible a partir de una eclesiología del Concilio Vaticano II. Antes, la mentalidad dominante en la Iglesia era la de los institutos de “perfección”. Durante el período de transición de esta mentalidad, el Decreto Conciliar sobre la Vida Religiosa todavía se llamaba “*Perfectae Caritatis*”. Cuando yo entré en el Monasterio, el Concilio acababa de empezar (1962) y se respiraba claramente esta teología. Todos los bautizados están llamados a vivir los mandamientos. Los religiosos son los que, además de los mandamientos, tienen por vocación vivir “los consejos evangélicos”. Así, existirían dos clases de cristianos: los “simples cristianos”, laicos que siguen un cristianismo rudimentario y básico, y los religiosos y monjes que constituyen una categoría especializada, como si fuesen más cristianos que los cristianos comunes. Al menos en Brasil, todavía hoy así piensan muchos católicos.

Este tipo de teología y espiritualidad corresponde a una Eclesiología de Iglesia-cristiandad que separaba la Iglesia del mundo, el seglar y el regular (es decir, quien sigue una Regla religiosa), lo profano y lo sagrado<sup>4</sup>. El laico (término que originalmente significaba ser

---

<sup>1</sup> - "Bajar al encuentro de Dios" es el título de un bellissimo libro del Padre Gonzales Baeta sobre la vida religiosa inserta en medio de los pobres. Pido prestado este título (inspirado en la Carta a los Hebreos 13, 13 ) porque para mí, indica muy bien los desafíos que las comunidades monásticas y los oblatos benedictinos afrontan hoy para vivir una espiritualidad renovada e inspirada en la Regla Benedictina.

<sup>2</sup> - Marcelo Barros es monje benedictino, prior del Monasterio de la Anunciación del Señor, priorado claustral dependiente de la Abadía de Notre Dame (de Tournay, Francia), monasterio que pertenece a la Congregación de los Monjes Benedictinos Sublacenses. Marcelo es un bibliista conocido en Brasil, consejero de la Pastoral de la Tierra y de varios organismos ecuménicos. Ha escrito 27 libros, entre los cuales cinco traducidos al italiano, y varios escritos en español.

<sup>3</sup> - E. BIANCHI, **Siamo laici senza importanza**, en *Il Regno- attualità* 16, 15/ 09/ 1994 , p. 499.

<sup>4</sup> - “Podemos denominar “Iglesia de cristiandad”, una Iglesia que procura reducir la sociedad a sí misma. En lugar de asumir el Reino como referencia fundamental, procura afirmarse a sí misma de modo absoluto y excluyente. Su modo de estar presente en el mundo es garantizar privilegios, imponer su propia cultura, ocupar espacios e imaginarse como la única experiencia humana válida” (Mario Carabelli, conferencia en el Monasterio).



del pueblo de los consagrados – laos) pasó a designar a alguien que está fuera o que no es del grupo. El Concilio Vaticano II, en la Constitución *Lumen Gentium*, superó este tipo de teología, al definir la Iglesia como “pueblo de Dios”. Restauró la dignidad e importancia del bautismo y subrayó el sacerdocio real y común de todos los bautizados. Hoy, pienso que ningún teólogo o exegeta serio habla de “instituto de perfección” ni hace diferencias entre mandamientos y consejos evangélicos, como si hubiera dos clases de cristianos. Está claro que todavía existe mucha ambigüedad de lenguaje y se comprende que este proceso de cambio de perspectiva sea lento. No se cambia un modelo de este tipo como se cambia el traje.

En la encíclica *Christifideles Laici*, el papa Juan Pablo II escribe: “La eclesiología de comunión es el concepto central y fundamental en los documentos del Concilio” (Cf. n. 19). El Sínodo Romano de 1985 constató que, en el segundo milenio, la Iglesia Católica no valorizó suficientemente esta **eclesiología de comunión**. Podemos ver lo mismo también en lo que se refiere al monaquismo que, como toda la Iglesia, vivió su vocación en el contexto cultural de la cristiandad. Si la comprensión que tenemos de la Iglesia y de la fe es de tipo cristiandad, nuestro monaquismo será del tipo clásico de la Edad Media y Moderna. En la práctica, continuará existiendo una diferencia enorme entre monjes y oblatos y entre monjes sacerdotes y monjes laicos, como entre los monjes como los más importantes y las monjas como subordinadas a los primeros. Si el modelo eclesial vigente es el del Concilio Vaticano II, centrado en la eclesiología de la Iglesia local como sacramento y manifestación de la Iglesia universal, monjes y laicos tendrán que redefinir su vocación consagrada de forma más dialógica y complementaria. Aun consciente de que, en la práctica, esa visión no está todavía del todo visible, les invito a considerar la vocación de los oblatos desde esta eclesiología y a profundizar en la misión común de monjes y oblatos a partir de la propuesta conciliar de justicia, paz y defensa de la creación.

## 1. Propuesta conciliar y ecuménica

Ya en 1933, Dietrich Bonhoeffer, pastor luterano y mártir del nazismo, propuso un Concilio que reuniera pastores y fieles de todas las Iglesias cristianas con este objetivo de consagrar las Iglesias a la causa de la paz, la justicia y la defensa de la creación. En 1983, el Consejo Mundial de las Iglesias asumió de nuevo este proyecto y habló de un proceso conciliar, camino de diálogo y compromiso que involucrara las Iglesias y las comunidades hasta conseguir un Concilio o encuentro verdaderamente ecuménico que reuniera las Iglesias en una misión común.

La realidad internacional ya demuestra por sí misma la urgencia de un nuevo orden en el mundo que asegure paz, justicia y una relación diversa entre la humanidad y la naturaleza. Se pregunta por qué sería una misión prioritaria para las Iglesias cristianas. Todo el que sigue a Jesús reconoce que no podemos permanecer indiferentes ante el hecho de que la realidad actual del mundo depende en gran parte de la influencia de las Iglesias cristianas, especialmente de la Iglesia Católica. Cuando Bush declaró la guerra a Irak, muchos cristianos norte-americanos dijeron que si todas las Iglesias cristianas hubiesen declarado claramente que aquella guerra no tenía nada que ver con la fe cristiana, hubiera sido más difícil para el presidente justificarla ante el pueblo.

El latino-americano o el africano no puede olvidar que la Iglesia Católica llegó a estos continentes junto con los conquistadores. En América Latina, cada vez que se cogía a



un negro o un indio para hacerle esclavo, se le imprimía con un hierro candente las iniciales de su dueño y, al lado, un sacerdote lo bautizaba. No podemos permanecer indiferentes ante lo que José Saramago escribió a los participantes en el 3º Forum Social Mundial: “De algo siempre tendremos que morir, pero ya se perdió la cuenta de los seres humanos muertos de la peor manera que seres humanos fueron capaces de inventar. Una de ellas, la más criminal, la más absurda, la que más ofende la sencilla razón, es la que, desde el principio de los tiempos y de las civilizaciones, ha mandado matar en nombre de Dios”<sup>5</sup>.

Desde los años 50, varios científicos europeos y norte-americanos critican el hecho que, en los últimos siglos, la Iglesia desarrolló un tipo de teología que reforzó la visión del ser humano como señor del universo con derecho a hacer de la naturaleza lo que quisiera. Según ellos, la crisis ecológica que actualmente amenaza el mundo tendría como una de sus causas la concepción bíblico-cristiana del ser humano como señor del universo y le da poder para dominar la tierra, explorándola y destruyéndola en lugar de relacionarse amorosamente con ella<sup>6</sup>.

Evidentemente, ninguna exégesis bíblica sería interpreta en esta línea textos bíblicos como Gn 1, 26- 28, pero no podemos negar que, en el curso de los siglos, los cristianos hemos pecado al no cuidar debidamente de la creación, a diferencia de otras culturas religiosas que supieron inculcar en sus fieles el amor y el respeto hacia todo ser viviente.

En la década de los ‘90, un grupo de profesores de la Universidad de São Paulo realizaron una investigación sobre la actuación bélica de las religiones. Según los resultados de tal investigación, en toda la historia de la humanidad, la religión que más guerras promovió en el mundo fue el cristianismo. Sé que muchos católicos y hasta obispos no están de acuerdo con lo que el papa Juan Pablo II llamó “purificación de la memoria”. Durante la 4ª Conferencia del episcopado latino-americano en Santo Domingo (1992), algunos obispos se opusieron a que constara en el documento conclusivo el reconocimiento de que la Iglesia había sido remisa e incluso cómplice respecto a la esclavitud y al colonialismo en la época colonial. Varios obispos que tenían poder de decisión no aceptaron que el episcopado reconociera que la Iglesia hubiera cometido errores en el pasado colonial latino-americano y se sorprendieron de que el papa llegara para celebrar la misa de los 500 años y, de propia iniciativa, en nombre de la Iglesia, pidiera perdón a los negros y a los indios del continente. Cuando, a la edad de 18 años, entré en el Monasterio de Olinda, una de las cosas que más me impresionó fue la antigua sala capitular del Monasterio. En el centro de la sala había una lápida sobre la cual los monjes se arrodillaban los viernes por la noche para pedir perdón por sus pequeños errores y faltas. En la lápida estaba grabado un versículo del libro de los Proverbios en la versión de la Vulgata: “El justo es aquel que se acusa primero”. A partir de entonces, comprendo que reconocer nuestros errores es, como dice el capítulo 7 de la Regla, “caminar por la subida de la humildad”, es la mejor forma de vivir el voto de conversión de las costumbres. Hoy, este reconocimiento de responsabilidad implica que las Iglesias asuman como una importante obligación cristiana hacia la humanidad el compromiso por la Paz, la Justicia y la Defensa de la Creación.

---

<sup>5</sup> - citado por FAUSTINO TEIXEIRA, *Diálogo Inter-religioso: o desafio da acolhida da diferença*, in *Perspectivas Teológicas*, julho-agosto, 2002.

<sup>6</sup> - Cf. LINN WHITE: The historical Roots of our Ecologic Crisis, "Science" 115, março 1967 p. 12203-1207. M. HORKHEIMER, *Eclisse della ragione*, Torino, Einaudi, 1969, p. 93 cit por A. RIZZI, in *Teologia ed Ecologia*, Roma, Ed. Ave, 1992, p. 46.



## 2. El Compromiso Conciliar y la Espiritualidad Monástica

En el siglo IV, el monaquismo cristiano surgió como reacción al mundo del Imperio, pero también a la Iglesia de la cristiandad, en la época en que ésta se consolidaba. En el curso de la historia, durante algún tiempo, los monasterios representaron una instancia profética que ayudó a las Iglesias a recordar su vocación evangélica. Poco a poco, la Iglesia de la cristiandad clericalizó la vida monástica, pero los monasterios mantuvieron siempre algo de aquella espiritualidad original. Aun en épocas en las cuales la Iglesia suscitaba cruzadas y la Inquisición condenaba herejes, los monjes participaron menos en esos hechos que otras órdenes religiosas. Muchos monasterios procuraron siempre ser lugares de paz y de justicia.

Entre los instrumentos de las buenas obras con que los monjes deben trabajar en la oficina del Monasterio, el capítulo 4 de la Regla Benedictina propone amar la paz y buscar la paz con todos los seres humanos. De hecho, sobre las puertas de los monasterios, la palabra más frecuente es Pax. Y una de las invocaciones de la oración de consagración que el abad canta después de recibir los votos definitivos de los monjes y monjas es pedir a Dios que él o ella permanezca en la paz.

Al mismo tiempo, a pesar de eso, creo que podemos afirmar que, por varios motivos, en nuestros monasterios no se desarrolló a lo largo de la historia una profunda espiritualidad de la paz, principalmente si entendemos la paz como fruto de la justicia y de la solidaridad. Se comprende porque, incluso en el conjunto de la Iglesia, una teología más profunda y espiritual de paz sólo surgió a partir del 1963 con la encíclica *Pacem in Terris*, de Juan XXIII. A partir de ese momento, surgió el movimiento Pax Christi y el diálogo inter-religioso nos trajo una nueva y más profunda comprensión del mensaje del Mahatma Gandhi y, dentro del cristianismo mismo, del pastor Martin Luther King. Yo mismo que, durante ocho años, trabajé con Dom Hélder Câmara en la secretaría archidiócesana de Ecumenismo de Recife, vi como aquel profeta de la paz incorporaba en su espiritualidad personal y eclesial la propuesta de Paz, Justicia y Defensa de la Creación.

Tengo la impresión de que los monasterios acogieron este camino espiritual a partir de la opción ecuménica. Al menos aquí en Europa, varios monasterios tienen una historia de acogida ecuménica y de apertura hacia los cristianos de otras Iglesias. Desde 1925, el Monasterio de Chevetogne se consagra especialmente al diálogo con las Iglesias de Oriente. Otros monasterios son sede de encuentros de comisiones del Consejo Mundial de las Iglesias o constituyen una referencia de diálogo y de comunión para cristianos anglicanos y de otras confesiones. En los años '60, varios monjes europeos como Bede Griffis, Henri le Saux, Cornelius Tollens y otros, realizaron profundas experiencias de inserción con el hinduismo. En Brasil, ya en los años 60-70, Dom Timóteo Amoroso Anastasio, entonces abad del Monasterio de Bahía, profundizaba una relación de amistad y de inserción espiritual con comunidades del Candomblé, religión afro-brasileña que él definía como profundamente monástica. No sé hasta qué punto ese camino implicó la participación de oblatos y oblatas. Quizás nosotros, los monjes, no hayamos sabido abrir de forma profunda y eficaz las riquezas espirituales que vivimos a los hermanos y hermanas que acompañamos como laicos.



### 3. El Monaquismo y los retos del mundo actual

En los años '70, Woody Allen produjo el film: “*The Sleeper*”, “El Dormilón”. Cuenta la historia de un hombre que padece una enfermedad incurable. Es congelado. En la caja de cristal en que fue colocado para hibernar, un letrado dice: “Cuando la humanidad disponga de una cura para esta enfermedad, que lo despierten”. En el siglo XXIII, los científicos descongelan al hombre y le curan. Él se despierta y sufre un choque con el mundo que encuentra porque cree haber dormido ocho horas. No quiero decir que eso ocurra con nuestro monaquismo, pero conozco casos de jóvenes que entraron en los monasterios y les pareció entrar en la máquina del tiempo de Walt Disney. Una amiga monja, después de vivir 30 años sin salir del Monasterio, fue a vivir en una casa popular. No sabía usar el dinero porque no tenía criterios para comparar los precios. Eso no pasa con oblatos y oblatas que son, precisamente, los miembros de la familia benedictina en el mundo. Pero, insertados en el mundo, Ustedes pueden ayudar más a sus hermanos monjes y monjas a vivir la vocación monástica en diálogo con la humanidad.

Quien conoce nuestros monasterios sabe que, en general, las comunidades de monjes y de monjas necesitan hoy un nuevo *Kairos*, un tiempo nuevo de la gracia de Dios, para volver a lo esencial de la fe y al núcleo fundamental de nuestra vocación. Es importante volver siempre a escuchar lo que dice el Ángel del Apocalipsis a la Iglesia de Éfeso, muy observante y bien organizada, pero que había perdido “el fervor de su primer amor”: “Acuérdate de dónde has caído y conviértete (...) Quien tenga oídos, escuche lo que el Espíritu dice a las Iglesias”(Ap. 2, 5).

Al principio, el monaquismo cristiano surgió como profecía y vanguardia de una Iglesia que se estaba relajando. Al principio del siglo XXI, el monaquismo no puede dar al mundo y a la Iglesia el testimonio de ser retaguardia eclesial, de reunir en los monasterios todo lo que haya de más conservador y más acomodado en la Iglesia y en el mundo. Si así hiciera, no desempeñaría ningún papel profético con relación al mundo en este momento de la historia. Para que pueda volver a la intuición de su primera profecía, creo que se necesitan ciertos requisitos, dimensiones que siempre formaban parte de la vida monástica, pero que ahora se han vuelto todavía más necesarios:

- vivir el Monaquismo como una vocación común a toda persona que busca a Dios y quiere la intimidad con Él.

En la Edad Media, el abad San Esteban de Muret decía: “toda persona que busca la unidad interior es monje o monja”<sup>7</sup>. Raimond Panikkar descubrió de nuevo esta dimensión de consagración monástica, presente en todo ser que busca la unificación interior y la sencillez<sup>8</sup>. En este sentido, oblación y consagración monástica se unen en la misma naturaleza de renovación del bautismo y profecía en la Iglesia al servicio de la paz y de la justicia.

- Un rasgo esencial de los monasterios benedictinos debe ser el sentido evangélico que tiene que ser visible a todos y fácilmente detectable para cualquier persona que nos busca. Una vez pregunté a un médico que se hacía oblato de un monasterio por qué había escogido ese monasterio y él me respondió: - “Porque en esa comunidad percibo

<sup>7</sup> - ST ÉTIENNE DE MURET, *Livre de la Doctrine*, citado en CONNAISSANCE DES PÈRES DE L'ÉGLISE, n. 19-20, p. 50 (contra-capita).

<sup>8</sup> - RAIMON PANIKKAR, *L'Éloge du Simple*, Paris, Ed. du Cerf, 1989.



que los hermanos son personas como los demás, humanas, con nuestros mismos problemas y nuestros defectos, como todo el mundo”.

No quise preguntar si los otros, de otros monasterios que él había conocido, no lo eran. Pero comprendí esta propuesta del sentido evangélico como camino de sencillez humana.

Estoy convencido de que, también en nuestro caso, se cumple la palabra del Evangelio: “Quien guarda la propia vida, la perderá. Quien, por amor mío, acepta de arriesgar y hasta de perder la propia vida, la salvará” (Mc 8, 35). Un monasterio cerrado sobre sí mismo por miedo a perder los valores antiguos puede consolidarse como un hermoso. La gente lo visita, lo encuentra hermoso, se interesa por lo que pasa más allá de las rejas, pero nadie vive en un museo. La única salida para el monaquismo en el siglo XXI será un monaquismo evangélicamente descentrado de sí mismo y centrado en el servicio de los demás, para que nuestros monasterios sean efectivamente “escuelas del servicio del Señor” para la humanidad actual.

En una Iglesia evangélicamente vuelta hacia los demás, no tiene sentido un monaquismo que comprende la palabra de la Regla: “Hay que hacerlo todo dentro del recinto del propio monasterio” en el sentido de auto-suficiencia y egocentrismo. Tanto en la forma de orar, en la organización cotidiana de la vida, en el trabajo, como en la formación de los hermanos, todo tiene que ser a partir del otro y no de nosotros mismos. Es el modo de vivir el espíritu del capítulo séptimo de la Regla y seguir a Jesucristo, como Siervo Sufriente de Dios. Esto nos lleva a valorar la dimensión monástica inherente a toda persona humana. En un monaquismo auto-referente y centrado en sí mismo, los monjes o las monjas creen que no tienen nada que ver con lo que pasa en el mundo. Están ajenos a los problemas y sufrimientos de los demás. Cuestiones como los derechos humanos, la paz y la justicia son poco tratadas y parecen totalmente ajenas a los Monasterios.

- La inserción fraterna y gratuita en una Iglesia local, no como parte del clero o como agente de pastoral, sino como comunidad cristiana que pertenece a la Iglesia insertándose en la Iglesia local y pudiendo ejercer un profetismo espiritual con relación a esa Iglesia. Ahora bien, en todo eso, los oblatos y oblatas pueden ser una ayuda importantísima. Y lo serán si ahondan en una mística eclesial de este proceso de paz, justicia y defensa de la creación.

#### **4. Las raíces ecuménicas de la oblación**

En la encíclica *Tertio Millenio Adveniente* que convocaba a los católicos al Jubileo del año 2000, el papa reflexionaba: “Entre los pecados que requieren mayor empeño de penitencia y conversión, hay que incluir ciertamente aquellos que perjudican la unidad querida por Dios para su pueblo”(TMA 34).

En el siglo XX, los papas pidieron repetidas veces a los monjes y las monjas que ahondasen en la dimensión ecuménica de su vocación. En el penúltimo congreso de los abades, Juan Pablo II dedicó buena parte de su discurso a los abades y abadesas a pedir que los monasterios asumiesen más esta vocación ecuménica. No se trata de una petición fortuita o aislada. Deriva de una comprensión más profunda de la vocación monástica como camino que ha de ser esencialmente ecuménico. Al fin y al cabo, la palabra *Monje* viene del griego *Monos*. Quiere decir “uno”, pero también: el uno, el unificado. Roger Schutz, prior de Taizé, decía que quien es cristiano no puede alcanzar una verdadera



unificación interior sin ahondar en una espiritualidad de comunión. Es por eso que el monje lleva una vida cenobítica (*koinos/bios*). No a caso esta Koinonia está presente en las catequesis del primer monaquismo cenobítico, el de San Pacomio. El cenobita es monje o monja para la comunión<sup>9</sup>.

La tradición de la orden benedictina tiene una hermosa historia de vocación ecuménica. Ser monje es buscar la unificación del propio ser. Al mismo tiempo, la unidad interior está esencialmente ligada a una búsqueda de comunión inter-ecclesial y humana. No se trata de convertir los monasterios en centros de especialización de la Pastoral Ecuménica, pero sí en lugares donde se profundiza la dimensión ecuménica de la fe como camino espiritual y monástico. Eso es la base del proceso conciliar fundado en la reflexión y en el compromiso con la Paz, la Justicia y la Defensa de la Creación.

En primer lugar, no se trata de un programa de acción externa, sino de una forma de creer y de vivir el camino de la conversión y la búsqueda de la intimidad con Dios. Como los oblatos son los hermanos que viven la espiritualidad monástica en el mundo, en la familia y en el trabajo laical, tienen una misión especial de ayudar los monasterios a redescubrir esa dimensión ecuménica de la vocación monástica y a vivir efectivamente el esfuerzo por superar las divisiones y alcanzar la unidad visible de los cristianos y la comunión con las otras religiones. Ese ecumenismo espiritual constituido por la oración y el trabajo humilde del testimonio y del diálogo constituye lo que ya en los años 30, el padre Paul Couturier llamaba “monasterio invisible”, constituido por una comunidad monástica mucho más amplia que los meros miembros capitulares de una determinada abadía o priorato. Comprende, en primer lugar, los oblatos y oblatas que acepten luchar por la relación de la humanidad con el cosmos, que desempeñan en la familia, en el trabajo, como en toda la vida, una mística de búsqueda de la paz y una espiritualidad de diálogo y de comunión en todo lo que viven, en sus oraciones, palabras y acciones.

## 5. La Paz como voto de oblación monástica

En todo el mundo y en diversas religiones y caminos espirituales aumenta el número de creyentes que consagran su vida a una mística de la paz. Descubren la paz como camino del encuentro con Dios, que como dice la Biblia, tiene la paz como uno de sus nombres: “El Señor es nuestra Paz” (Jr 23, ). En los primeros siglos, algunos cristianos dieron su vida por negarse a recurrir a las armas y por considerar que, siendo cristianos, no deberían practicar la violencia. En un mundo como el nuestro, más que nunca, la humanidad necesita oblatos de la paz, personas que se consagren a la causa de la paz y en nombre de Dios.

Concretamente, esta oblación de la paz es una profecía que denuncia la cultura del individualismo y del materialismo competitivo que está destruyendo la paz porque amenaza la supervivencia de los pobres y el futuro del planeta. En una cultura neo-liberal que privatiza todo para ganar dinero, hay grupos de cristianos que parecen querer privatizar hasta la propia fe cristiana. Es como si quisiesen hacer de la fe una creencia *soft*, desligada de la responsabilidad hacia los demás. En este contexto, la vocación benedictina, tanto la vivida por monjes y monjas como por oblatos y oblatas, debe vivirse, cada vez más, como

---

<sup>9</sup> - Cf. o bellissimo livro de uma monja trapista da França: MONIQUE SIMON, **La Vie Monastique, Lieu Oécumenique**, Paris, Ed. du Cerf, 1997, principalmente ver p. 19. (Ela é monja trapista do Mosteiro de Nossa Senhora da Paz-Deus, um priorado cisterciense fundado em 1970 nas Cevenas).



profecía de comunión. Esto significa lograr que nuestras comunidades sean más sencillas y capaces de testimoniar una apertura verdaderamente fraterna. Instaurar en los monasterios una cultura de sencillez fraterna. Es preciso, de todos modos, evitar un estilo de vida que favorezca la competición entre hermanos. Es preciso reorganizar la coordinación y los cargos en el monasterio de modo que no parezcan meras instancias jerárquicas de poder. Que hagamos ver monasterios más cenobíticos, cargos más carismáticos y menos administrativos, más en la línea del servicio que en la de privilegios y de conquista de posición dentro o fuera del monasterio. En una sociedad autoritaria y excluyente, sólo si insistimos en eso conseguiremos ser para el mundo una profecía de sencillez e inclusión.

## 6. La Justicia como sede espiritual

La Santa Regla insiste: “Nada, absolutamente nada, anteponer al amor de Cristo”. No se trata allí del amor que tenemos a Cristo, pero sí del amor que es de Jesucristo mismo y que la Regla nos invita a asumir como nuestro. Estamos llamados así a amar con el amor mismo de Cristo. ¿Amar a quién y a qué? A quienes Jesús amó y a lo que Jesús amó. En la carta a los Filipenses, Pablo insiste: “Tened en vosotros los mismos sentimientos que son de Cristo Jesús”(Fil 2, 5). Eso significa seguir a Jesús, esforzándonos por parecer como Jesús: ser personas y comunidades de Cristo, semejantes en todo a Jesús. Ahora bien, concretamente, ¿qué significa eso?

Jon Sobrino, el gran teólogo de El Salvador, amigo personal del mártir Monseñor Oscar Romero, escribe: “Parecerse a Jesús es reproducir la estructura fundamental de la vida de El. Es tomar para sí la misión y el estilo de Jesús, viviendo como El la misericordia para con los demás como un principio permanente y estructurante de la vida y aceptando cargar sobre sí el pecado del mundo y recibir del Padre, por la fuerza del Espíritu, la resurrección”<sup>10</sup>.

Cuentan los evangelios que Jesús vivió su relación con el Padre en la medida que se relacionaba con las personas y manifestaba a cada una su intimidad con Dios. Así, El se encontró con la samaritana, el oficial romano, la mujer sirio-fenicia, pero también con Simón, el fariseo, Nicodemo, el joven rico y todas las personas que se hallaron en su camino o en el camino en que El se colocó.

Encontrar a Jesús es abrir el corazón a la solidaridad como expresión de la búsqueda del rostro de Dios y una característica de la espiritualidad bíblica. En medio del sufrimiento de la guerra, Simone Weil escribió: “El dolor derramado sobre toda la tierra me oprime y es para mí como una obsesión, al punto de anular mis facultades y no puedo recuperarlas ni librarme de esa obsesión si no tengo yo misma una gran participación en el sufrimiento y en el peligro. Esta es una condición indispensable para que yo pueda vivir”<sup>11</sup>.

No sé hoy, concretamente, cuántos monjes y monjas, o cuántos oblatos y oblatas benedictinos pueden decir eso. Hace dos años, el 15 de febrero de 2002, la ONU calculó que más de diez millones de personas, en todos los continentes y en las más diversas ciudades y capitales del mundo, salieron a la calle para decir con su presencia que no estaban a favor de la guerra contra Irak. Nuestra comunidad de Goiás, incluso el

<sup>10</sup> - JON SOBRIÑO, *El Principio Misericordia*, Salamanca, Ed. Sal Terrae, 1992, Tradução: Vozes, p. 31

<sup>11</sup> - S. WEIL, *Écrits de Londres*, Gallimard, Paris, 1957, p. 13.



hermano Pedro que tenía 80 años y escogió ser ermitaño, decidió estar presente y participar. Hizo lo mismo en el 3º Forum Social Mundial en Porto Alegre. Ir como monjes y ofrecer a los participantes del mundo entero un espacio de oración ecuménica y de diálogo espiritual. En los Estados Unidos, el monasterio de Weston Priory en Vermont se manifestó claramente contra la guerra, contra la pena de muerte y por la causa de la paz. No sé cuántas comunidades monásticas ni cuántos oblatos y oblatas pensaron que este tipo de manifestación tenía algo que ver con nuestra vocación benedictina, más ciertamente revela poner la solidaridad como camino espiritual.

Escribí a un ex-abad presidente de mi congregación (de los monjes subiacenses) que yo tenía la impresión de que si algunos de nuestros capítulos se hiciesen en la luna o en Marte, no hubieran sido en nada diferentes. Lo que pasa en el mundo y los problemas de la humanidad sólo interesan en cuanto pueden perjudicar la economía del monasterio o crear problemas de seguridad para nuestras comunidades monásticas. Pienso que debemos aplicar a nuestro voto de “conversión de costumbres” lo que el papa Juan Pablo II dijo varias veces: "La conversión evangélica consiste en pasar del individualismo a la solidaridad como principio de vida y modo de ser permanente. Eso pide la conversión no sólo de las personas, sino de las estructuras. Se trata de una conversión estructural"<sup>12</sup>.

La propuesta es de asumir la justicia del Reino de Dios como los monjes antiguos buscaban el silencio, la soledad y el habitar consigo mismos, como dice Gregorio Magno a propósito de Benito. Se trata de comprender la preocupación por la justicia y la solidaridad no como actos de misericordia aislados, sino como principio fundante de la vida, como Jesús vivió. La solidaridad como principio de la espiritualidad se alimenta de la meditación de la Palabra de Dios (lectio divina) y la oración, como experiencia de vida alcanzada por la Palabra de Dios y por la fuerza amorosa del Espíritu Santo.

Estoy convencido de que un elemento fundamental de esta justicia del reino y de la espiritualidad monástica es la superación de la cultura patriarcal que, desde hace tantos siglos, domina la Iglesia y las relaciones incluso en nuestros monasterios. En el mundo, fue la cultura patriarcal que generó situaciones como el colonialismo, la esclavitud e incluso las guerras. Fue la cultura patriarcal que empleó con relación a la exploración de la tierra el mismo tipo de raciocinio que presidió la relación entre el hombre y la mujer. Si queremos, de hecho, consagrarnos espiritualmente y como monjes o oblatos a la paz, la justicia y la defensa de la creación, necesitamos comprometernos a superar esta injusticia respecto a la relación con la mujer. A pesar de lo poco que se habla de ella, la verdad es que, en el cristianismo, la vida monástica surgió desde el principio en una relación de géneros en los cuales la mujer tuvo una gran importancia y una cierta prioridad. En la Patrística, las primeras referencias a la vida religiosa son a las vírgenes consagradas y viudas que adoptaban un estilo de vida eclesial profético o de servicio radical al Reino de Dios. Más tarde, en el siglo IV, sabemos que San Agustín escribió su primera regla para una comunidad femenina y San Pacomio escribió su regla para el monasterio femenino dirigido por su hermana María. Está claro que, hoy, vemos una contradicción en que las mujeres tengan que observar reglas hechas por hombres. Y la historia de la vida religiosa es un poco eso. Las mujeres viven estructuras ideadas a partir del modelo masculino. Y, muchas veces, no se dan cuenta.

Aludo a ello aquí como un desafío. Algunas comunidades monásticas insertas han descubierto una dimensión femenina e incluso si quisieren “feminista” de la

---

<sup>12</sup> - Cf. JOÃO PAULO II, Encíclica sobre a solicitude com a causa social: SRS 38.



espiritualidad que interesa a nosotros todos, hombres y mujeres, transformar la relación (es cuestión de género) y es profecía para toda la Iglesia, pero sobre todo renueva la vocación monástica y nos da una nueva fuerza en la forma de vivir la paz, la justicia y la comunión con el universo.

## 7. El cuidado de la creación como acto de divinización

Divinización era el modo como los padres de la Iglesia oriental y algunos monjes antiguos llamaban este proceso de conversión y de dejarse alcanzar por la Palabra de Dios. Se trata de permitir que la morada del Espíritu dentro de nosotros se fortalezca y se exprese. Esa tarea tiene diversos aspectos y toma formas diferentes. Una de ellas es la relación de amor y cuidado de la naturaleza.

A diferencia de la interpretación según la cual la Biblia mandaba al ser humano “someter” o dominar de forma opresiva la naturaleza como un tirano, el verbo original y el contexto del versículo de la Génesis puede comprenderse en otro sentido: “Creced y multiplicaos y sed divinos para la tierra”. En otras palabras: sed para la tierra como Dios es para vosotros. Sed representantes de Dios amor para el universo.

De hecho, la Biblia es muy sobria respecto a la relación del ser humano con la creación porque surgió en sociedades que divinizaban la naturaleza incluso a costa de sacrificios humanos. Era necesario liberar al ser humano y revelar su dignidad única. Pero, de ninguna manera esa liberación debía conducir a una opresión del hombre sobre la naturaleza y sí a una relación de comunión y fraternidad. También en este punto la relación del cristianismo con otras religiones puede ayudar porque algunas religiones orientales y las religiones indígenas y negras tienen para con la naturaleza una relación de respeto y veneración, sin por otro lado oprimir el ser humano.

Acabamos de decir que la fe se traduce en una opción de justicia y solidaridad. Esta justicia y solidaridad no pueden ser únicamente hacia las personas de hoy. Debemos vivir “el hoy de Dios” sin olvidar nuestra responsabilidad hacia las generaciones futuras. En un momento difícil para su pueblo, un cacique iraquí decía: “Somos responsables de nuestro pueblo. Debemos tomar decisiones que tengan en cuenta la vida y el bienestar de la séptima generación que vivirá después de nosotros. Cada vez que tomamos una decisión, debemos preguntarnos: ¿Esta decisión que estamos tomando beneficiará hasta la séptima generación? Que ésta sea nuestra regla de conducta”<sup>13</sup>.

Cada uno de nosotros, en cada actitud o decisión que tome hoy, tiene una responsabilidad no sólo hacia los hermanos actuales, sino hacia las generaciones futuras. Es eso lo que en el mundo actual se llama “desarrollo sostenible”. Preferimos decir sencillamente “sostenible” que no es sinónimo de “soportable” en el sentido de ver hasta qué punto se puede castigar la tierra y los seres vivientes sin que mueran o pongan en peligro su propia existencia sobre el planeta. Este es el camino para vivir con la tierra y con todos los seres vivientes la justicia y el cuidado. Debemos aplicar a todos los seres vivientes, a la tierra y al agua, lo que la Regla dice cuando nos manda tratar todos los objetos del monasterio como vasos sagrados del altar. Es bueno ver en cada elemento de la creación una parte del monasterio cósmico de Dios. Debemos sentirnos todos oblatos y oblatas de este monasterio divino.

---

<sup>13</sup> - Citado por RIFKIN, J. , **Guerras del tiempo**, Milano, 1987, p. 76.



“Indíquenme alguien que ame y que oye lo que estoy diciendo. Denme alguien que desee, que camine en este desierto, alguien que tenga sed y suspire por la fuente de la vida. Muéstrenme esa persona y ella sabrá lo que quiero decir” (San Agustín) <sup>14</sup>.

---

<sup>14</sup> - AGOSTINHO, *Tratado sobre e Evangelio de Juan* 26, 4. Cit. por *Connaissance des Pères de l'Église* 32- dez. 1988, capa.